

tas tan vehementes y ligeras afirmaciones, que lo mismo pueden aplicarse al mentecato *Anabasis* que á D. Manuel Orozco y Berra. El Sr. Bulnes, á pesar de su notable penetración, falta al primero de los deberes de un crítico juicioso, no distinguiendo lo que ha de distinguirse por fuerza en una apreciación general de la literatura histórica mexicana, y confundiendo especies, tiempos y personas. Olvidó, sin duda, el Sr. Bulnes que un eminente escritor á quien ha leído y conoce al dedillo, dice en una de sus jugosas cartas: «El gran precepto que debe darse á los historiadores, es que distingan en vez de confundir, porque no se puede ser verdadero, si no se es variado.» Ojalá que el Sr. Bulnes diga en descargo, y habrá que creerle porque es sincero, que sólo quiso referirse á los historiadores á quienes combate en su libro, que no son de lo más florido ni forman legión. Quiero que así sea, pero aunque así fuese, me duele que voz tan autorizada como la del Sr. Bulnes haya escrito con despectiva arrogancia de nuestros historiadores, entre los cuales se cuentan eminencias, cuyo papel en las letras patrias ha sido incuestionablemente más noble que el de corruptores públicos ó borregos de Panurgo.

Dieron al Sr. Bulnes materia para su libro tres acontecimientos recientes: la invasión de Barradas, la guerra de Texas y la primera que tuvimos con Francia, y al encontrar una provincia histórica, eriaza y baldía, no satisfaciéndole tal vez la honrosa misión de ser el primero en desentrañar verdades nuevas y presentar á sus compatriotas hechos cuyo conocimiento no penetra aún en el dominio del vulgo, prefirió erigirse en vengador de la ciencia y ajusticiar á tres ó cuatro autores populares, que fieles á su papel de expositores sin crítica, al servicio de M. Prudhomme, continuaban una tradición de nociones falsas y frases hechas. Inútilmente gastó el Sr. Bulnes su talento luminoso y su indignación elocuentísima en corregir ineptias de los autores de compendios y papasales para el vulgo. ¿Olvidó que no corresponde á los simples vulgarizadores ser maestros de la alta crítica y de la especialidad autorizada? Si los acontecimientos que estudia el Sr. Bulnes no han sido investigados antes por los maestros, ¿cómo pueden ser sus guías los autores de compendios, y cómo se indigna cuando no los encuentra idóneos para señalarle los caminos de la verdad? Una vez más rechazó los famosos consejos de Thierry, consignados en su primera carta: «es indispensable que se opere un cambio total en la manera de presentar los hechos históri-

cos más diminutos. Necesario es también que la reforma descienda de las obras científicas á las composiciones literarias, de las historias á los compendios y de éstos á los catecismos que sirven para la instrucción primaria.»

Entre los libros que fulmina el Sr. Bulnes con su cólera tribunicia, no hay ninguno que merezca siquiera el calificativo de mediano como obra de ciencia: malos ó pésimos desde el punto de vista literario, son apenas aceptables como medios de vulgarización, con tal que entre en ellos una buena podadera. Por lo demás, esos escritores, cuya obra habitualmente no es de investigación analítica sino de exposición, poco pecan si copian errores no hallando á mano otra cosa. Nótese que hasta la publicación del libro del Sr. Bulnes, no había ninguna obra, de aliento y reputación, sobre los primeros veinte años de nuestra vida independiente, si exceptuamos las memorias de contemporáneos, entre las cuales hay algunas excelentes, pero que no son sino material para la historia científica. Acaso el Sr. Bulnes, ó cualquiera otro escritor sagaz y diligente como él, podrá encontrar errores en obras monumentales, como las de Orozco y Berra sobre el México antiguo y colonial, la *Geografía de las lenguas* y la *Historia de la Geografía* de nuestro país; los cautivadores opúsculos de García Icazbalceta; el primer tomo del «*México á través de los siglos*,» escrito por Chavero; el segundo tomo del mismo libro, sobre la época colonial, por Riva Palacio; las disertaciones de Alamán y su libro unilateral, pero sólido, de la Independencia; la *Historia de la Conquista de México*, por Prescott; la de Clavijero; los estudios del Dr. Rivera sobre la Nueva España; los *Recuerdos de la Invasión Norteamericana*, por Roa Bárcena; los numerosos volúmenes franceses, alemanes é ingleses relativos al Imperio, y la obra del Sr. Vigil que forma el 5º tomo del citado «*México á través de los siglos*,» sin contar otros muchos libros eruditos, polémicos, literarios, etc., etc. Estas obras no son, con todos los errores que pueden contener, *madri-guera de fanfarronadas y mentiras*, y algunos de ellos, por el contrario, muestran los brotes de pujante y vigorosa crítica.

Y sin embargo, esos mismos compendios, cuyas pequeñas mentiras sobre la expedición de Barradas, la guerra de Texas, las reclamaciones de Francia y el bombardeo de San Juan de Ulúa, tanto escandalizan al Sr. Bulnes, consignan errores más monstruosos y perjudiciales (atentados escandalosos contra la historia y contra la razón humana) que la transformación de escaramuzas en bata-

llas, la invención de asaltos soñados y la aceptación de partes militares firmados por jefes mendaces.—La historia de México está por encontrarse en muchos puntos ¿quién lo niega? Pero aun lo que puede reputarse como conquista definitiva de la investigación científica, queda muchas veces fuera del dominio de los autores de compendios, incapacitados de dar á la juventud otra cosa que la dosis de error que ellos mismos tragan, y que es, comparada con las que contienen las narraciones de las tres guerras en que se ocupa el Sr. Bulnes, como la piedra azteca del sacrificio gladiatorio junto al ara de un altar católico.

Para el Sr. Pérez Verdía el pueblo tolteca estaba tan emancipado de lo que llamamos las leyes naturales, como el gigante Caraculiambro ó los seres vagarosos de la *Tempestad* ó del *Sueño de una noche de verano*. Cuenta el Sr. Pérez Verdía que los toltecas salieron de Huehuetlapallan en el año cetecpatl, correspondiente al 544 de la E. C. y que después de fundar Tlapallan la chica en 552, al cabo de tres años, ó sea en el de 555, por consejo del *sabio sacerdote* Huemán, siguieron su peregrinación hacia el Sur, pasando por Hueixallan, Xalisco, Chimalhuacán, Quiahuitlán, Anáhuac, Zacaatlán, Totzapán, Tepetla, Mazatepec, Xihuecoe, Iztachuxotla y Tollancingo, llegaron á Tollan en 661. La última de estas emigraciones se hizo por *nuevo consejo de Huemán*. Cuéntense los años corridos entre el antiguo y el nuevo consejo, y se verá que el sabio sacerdote supradicho, ocupó la sede pontificia de los toltecas, 106 años, sólo entre consejo y consejo, pues no dice el Sr. Pérez Verdía, autor de tan merecida y plausible longevidad, la edad que tenía el sabio Huemán en 555 y los años que vivió después de la fundación de Tollán.

La ignominiosa página 8ª del libro en que el Sr. Pérez Verdía hace estos milagros, aparece en la segunda edición de su *Compendio de la Historia de México* (París, 1892). No es culpable la historia de estas risibles vulgaridades, porque si el Sr. Pérez Verdía hubiera leído el primer tomo del *México á través de los siglos*, habría aprendido y enseñado á su vez: “cómo la tribu tolteca durante su peregrinación había caminado bajo el gobierno del sacerdocio, personificado con el nombre de Huemac.” (Pág. 362).

Continúa el Sr. Pérez Verdía en la página 10 de su Compendio: “Recientemente establecidos tuvieron guerras (los tolteca). . . . Quisieron darse un rey y eligieron á Chalchintlanetzin, hijo del rey de los chichimeca, quien tomó posesión en 667. . . . gobernó

52 años y murió. . . . Fué electo segundo rey en 719 Iztlicuichahuac. . . . le sucedió en 771 Huetzin, que tuvo por sucesor en 823 á Totepeu. . . . El quinto rey fué Nacacox, que gobernó hasta 927, en que subió al trono Mitl. . . . Fué un rey tan celoso que habiendo cumplido *sus* 52 años de gobierno, acordaron todos los tolteca que continuara. . . . En 990 fué electo su hijo Tecpancalzin. . . . Meconetzin. . . . subió al trono en 1042.”

El Sr. Chavero, por su parte, habla así en la página 354 de su citado libro: “Nada, en efecto, más absurdo, que el pueblo tolteca, vencedor y enseñoreándose de todo, y al mismo tiempo pidiendo un hijo á Icuatzin para hacerlo rey. Nada más inverosímil que sus períodos de cincuenta y dos años para la duración de los reinados, que obligan á los historiadores á hacer morir al primer rey precisamente al fin, y que no permiten que los otros monarcas mueran antes de terminar su período. Desde luego se ve que todo ésto es convencional” Cosa que deberían saber, agregaré, el Sr. Pérez Verdía y algunos colegas suyos, como el Sr. Rafael Aguirre Cinta, autor de otro libro de historia para los niños. ¿Pero qué han de saber? ¿No habla el Sr. Pérez Verdía del *alfabeto maya*? Lo hace en estos términos, que citaré con la mayor brevedad: “Mas habiéndose encontrado en 1863 la *Relación de las cosas de Yucatán*, escrita en el siglo XVI por Fr. Diego de Landa, se tuvo entonces noticia de un *alfabeto maya*, descubriéndose con tal clave cuatro preciosos códices pertenecientes á la escritura sagrada ó *Katounica*. . . . Sin embargo, se discute todavía si tales códices están escritos con el alfabeto puro ó si éste se halla mezclado con signos figurativos abreviados ó ideográfico-silábicos convencionales. Consta por los expresados documentos. . . que existían dos religiones, pues mientras la parte figurativa. . . se refiere al más grosero politeísmo. . . la otra parte fonográfica, hace constar una religión monoteísta.” El Sr. Chavero (págs. 324 y 325 de su libro citado) se expresa de esta manera refiriéndose á la escritura maya-quiché: “No se parece á ninguna otra escritura conocida, y por estar cada signo labrado en un pequeño cuadro, se le llama calculiforme. Creemos que por su relación á las piedras cronológicas llamadas *katunes* debería más bien decirse á esta escritura katuniforme y á los signos katunes, lo que ya se acostumbra. Muchos sistemas se han inventado sobre esta escritura y acerca de su posible lectura é inteligencia. . . . Habían sido infructuosos, cuando se publicó la obra del Obispo Landa que á más de los signos jeroglíficos de los

días y los meses del calendario maya, nos presenta, según él, los de su alfabeto. . . . Los estudios de Clarency y Rau son notables, y se ha llegado á creer que el tal alfabeto de Landa no es más que una falsificación ingeniosa de los misioneros españoles, que querían de esa manera ayudar á los indios á aprender las sentencias del catecismo por medio de una escritura pictórica. . . . El profesor Holden procedió en esta cuestión con un método verdaderamente oportuno: copiar cada signo jeroglífico en una tarjeta, distinguiendo las cifras simples de las que llama compuestas. Esto le produjo mil quinientos jeroglíficos diferentes. . . . No tenían los maya-quichés alfabeto, pues no puede haber mil quinientas letras y como sus jeroglíficos no son ni fonéticos, ni figurativos, tienen que ser ideográficos. Esto se explica naturalmente por el carácter monosilábico de la lengua, y por los diferentes sonidos que tenía cada monosílabo y que de diferente manera habían de expresarse para evitar confusiones. Esto sucedió con el chino y era lógico que pasara con el maya."

Las faltas de respeto á la común cultura de nuestro siglo, se repiten de una manera insolente en las primeras páginas del compendio del Sr. Pérez Verdía. Dice que "la primera cuestión que debe examinarse es la relativa al origen del hombre en el Nuevo Continente," y disparándose con una inconsciencia científica de seminarista, estampa este delicioso párrafo: "Debe partirse del principio de una sola creación (*andante*), tanto porque así está escrito en los Sagrados Libros (*allegro*), como porque así lo enseña la común tradición (*vivace*), que no ha sido contradicha por ningún hecho comprobado, y en tal virtud no se puede dudar que la población de América procede de la conservada en Asia después del Diluvio; pues con respecto á los tiempos antediluvianos cualquiera opinión tendría que ser aventurada (*rallentando*)." A poco el seminarista recrece y escribe: "Por lo que hace al origen de esas tribus que desde la llanura de Senaar vinieron á establecerse en Anáhuac, la opinión más general les señala como tronco á Neph-tium, hijo de Misraim y nieto de Cham." Estamos en la segunda página del libro. En la cuarta, el seminarista se olvida de los Santos Libros y de lo que lleva escrito, para sentar plaza de sabio, diciendo: "El hombre existió en México en las más remotas edades, pues en 4 de Febrero de 1870 se encontró al hacerse el tajo de Tequisquiac un cráneo fósil de cerdo, labrado, en un yacimiento geológico de terreno *neozoico* ó posterciario, el cual corresponde á

la fauna gigantesca antediluviana." Acordándose de su nodriza, el Sr. Pérez Verdía honra la quinta página de su libro con un peregrino testimonio de infantilismo: "Fundados en el descubrimiento que se ha hecho en Tlaxcala, Texcoco y California, de varios huesos de gran tamaño, creen algunos. . . . que los primeros pobladores de Anáhuac, fueron gigantes; pero á más de que en todas partes del mundo se han hallado huesos semejantes, bien pueden confundirse con los de seres fósiles."

Todo lo anterior, la siguiente frase de miel que hallo en las *No-ciones elementales de Historia Patria*, escritas por José Ascensión Reyes: "El estado salvaje no es el natural del hombre, ni fué el estado primitivo de la Humanidad." y un grabado que representa al hombre primitivo en la página 12 de los *Elementos de Historia Natural*, del Profesor Gregorio Torres Quintero—un hombre primitivo, suspirador y desdeñoso, en cueros, pero de hermoso tipo caucásico, cubierto con gracioso taparrabo de plumas y adornado con artísticos brazaletes de metal—todo esto, digo, me recuerda el escándalo histórico de que habla el ya tres veces citado Agustín Thierry en su primera carta, refiriéndose á las obras de texto: "En ellas, dice, vemos enunciadas de una manera breve y perentoria, como axiomas matemáticos, todos los errores contenidos en libros voluminosos (y los que ya han desaparecido de éstos). A fin de que la falsedad pueda penetrar por todos los sentidos, á veces en numerosos grabados se alteran, para uso de la vista, las principales escenas de la historia. Hojead el que esté más en boga de todos estos librillos, que tanto estiman las madres de familia, y veréis á los francos y á los galos estrechándose las manos en señal de alianza para expulsar á los romanos; la consagración de Clovis en Reims; á Carlo Magno cubierto de flores de lis, y á Felipe Augusto con armadura de acero, á la moda del siglo XVI, colocando su corona sobre un altar en el día de la batalla de Bouvines.»

Si hacen falta para ciertos cursos buenos libros de texto que nos hablen de las épocas y de los acontecimientos que la historia crítica ha dilucidado, ¿qué tiene de extraño la misma deficiencia, tratándose de los hechos que no están bien averiguados? Es lamentable la ignorancia, todavía más lo es el extravío, pero no atribuyamos á perversidad vitanda lo que explican la indolencia y el imperio del hábito sobre la razón; menos aún creamos planta arraigada y vivaz únicamente en nuestra tierra, el error que sin examen se transmite de labio en labio, de libro en libro, de generación

en generación, hasta que un agitador intelectual sacude la modorra de sus compatriotas y les arroja semillas de verdad.

Si el Sr. Bulnes niega que tengamos verdadera historia (página 654 de su libro) y cree que esa historia está por hacerse, son inútiles los anatemas prodigados contra los autores de malos libros. Leemos éstos, porque no los hay buenos. Otra vez, ¡y no será la última! citaré á Agustín Thierry, para cerrar este capítulo: "Habéis pronunciado el nombre del abate Velly, célebre en el siglo pasado, como restaurador de la historia de Francia, y cuya obra está lejos de haber perdido su antigua popularidad. Os confieso que sólo de pensar en esa popularidad, trabajo me cuesta vencer cierta especie de cólera, y sin embargo, debería calmarme, porque á falta de buenos libros, el público se ve obligado á contentarse con los malos. En su tiempo, es decir, en 1755, el abate Velly creyó de buena fe que escribía la historia nacional." Y sin embargo, todavía en 1820, "la verdadera historia nacional, la que merece popularizarse, estaba sepultada en el polvo de las crónicas contemporáneas, sin que nadie pensara en desentrañarla, y seguían reimprimiéndose las compilaciones inexactas, sin verdad y sin color, que á falta de mejores libros, se decoraban con el título de Historia de Francia." Había ya una historia crítica, pero las verdades no bajan directamente del especialista al público, por conducto de los compendios y demás libros de vulgarización, sino á través de las historias narrativas de alto valor estético que dan la vida del arte al pasado, como las de Michelet, Renan, Macaulay, y como la que tendremos en nuestra patria cuando desarrolle Don Justo Sierra la *Historia Política*, con cuyas páginas reveladoras se honra el libro *México y su Evolución*.

La Patria ante la Historia.

El Sr. Bulnes, debe repetirse aquí, no prodiga los esfuerzos de su noble espíritu para buscar entre la maleza de los documentos que consulta, la verdad histórica, en su integridad palpitante: no, la tarea á que se sacrifica, es la de rastrear mentiras, ¡y las encuentra! Cuando no le salen al paso, en las páginas del libro educativo, hace una batida en toda regla para sorprenderlas en las agrestes alturas de la vanidad patriótica. No es esa la misión del historiador: éste, ante todo, debe ser fiel á la historia, que se com-

pone de elementos científicos y artísticos, esto es, de investigación crítica y de evocación poética.

El patriotismo, ciertamente, como todo sentimiento, si es exclusivo y dominador, puede pervertir la historia; pero una pasión, y entre ellas la que nace de la prevención anti-patriótica, perturba también. El pasado sólo resucita para el que sabe explotarlo con tranquila y cariñosa perseverancia: la magia de sus revelaciones se rompe entre las manos crispadas del orador, que pronuncia alegatos que son razonamientos, cuando sólo se le piden realidades que sean hechos. Todavía va más allá el polemista: cuando no discute con el autor ó con el público, discute con los personajes que debiera estudiar. Dejan de ser objeto de investigación, convirtiéndolos en contrincantes.

En el libro del Sr. Bulnes, la Patria es una gran culpable: por su amor, mienten los historiadores, y sus hijos vivimos engañados; pero ese amor sólo existe en los libros de la historia para corromperlos: no existe en los hechos que forman la historia. En suma: los historiadores, por patriotismo, mienten; los patriotas, por falta de patriotismo, no son sino cómicos. Y la Patria misma ¿qué es, en dónde está? No en el libro del Sr. Bulnes, por el que pasa ignorada ó desconocida.—No niego, entiéndase bien, que el Sr. Bulnes sienta con intensidad el amor patrio: en muchos de sus escritos, habla, emocionado y elocuente, el patriota devoto. A nadie imputaré, sin razones muy sólidas, falta de amor patrio, y menos á quien, como el Sr. Bulnes, consagra á México sus fecundas vigiliias, las fuerzas de su espíritu genial y una elocuencia conmovedora y generosa. Lo que niego es que el Sr. Bulnes nos muestre á la Patria viviendo en la historia. Quédese para los oficiantes de patriotismo profesional, defender á México de las que llamarán traiciones y calumnias del Sr. Bulnes. Yo sólo aspiro á hablar de la Patria en nombre de la historia y de los actores del drama nacional como personajes susceptibles de un estudio retrospectivo.

El Gobierno y la Invasión de la Reconquista.

Nadie ignora que en 1829 el brigadier español Barradas, al frente de una expedición de reconquista, invadió nuestra costa del Golfo, y que vencido por las fuerzas de Santa-Anna y Terán, se vió obligado á retirarse al mes y medio, después de un fracaso militar y político, que afianzó nuestra independencia. Hasta hoy, es-

te acontecimiento, adornado de los inexactitudes circunstanciales que se quiera, como son millar más ó menos de invasores y mayor ó menor facilidad para repeler la agresión española, pone de manifiesto á sabios é ignorantes, á niños y adultos, que en 1829, no supo España intentar una reconquista formal de nuestro país, y que México, por su parte, pudo rechazar la invasión de una manera feliz. "La empresa de Barradas, completamente reaccionaria, hasta poner las cosas como estaban el año de 1640, era una manifestación de clásica demencia española." Tal es la opinión del Sr. Bulnes sobre aquella expedición, cuya "verdadera causa, agrega, tiene algo misterioso setenta y tres años después, lo que prueba que nuestros adelantos en historia, son nulos é imperceptibles." El Sr. Bulnes cree que "un gobierno afecto á descubrimientos, deberá resolver, de una manera evidente, si la expedición de Barradas fué la continuación de la conspiración del P. Arenas." No sé cómo podrían hacerse descubrimientos de cosas que, en gran parte, guardan secretas las cancillerías de otros gobiernos, ó cuyas huellas se han perdido. Pero sea cual fuere la relación que exista entre la invasión de Barradas y la conspiración del P. Arenas, lo cierto es que si ésta no tuvo carácter grave, aquélla no pasó de una vana tentativa del caduco gabinete de Madrid, "para entretener las esperanzas irrealizables de una reconquista ofrecida á las cortes que componían la Santa Alianza," como lo afirma Zavala, ó deseada para propia satisfacción. La historia no necesita saber más, aunque la curiosidad tenga el insaciable apetito de especies raras y misteriosas sobre la expedición.

En cuanto á la bárbara expulsión de españoles, iniquidad políticamente estéril, pues nos empobreció sin desalojar el asiento de la riqueza, no hubiera sido, por cierto, el medio adecuado para ahogar conspiraciones dimanadas de fuerzas más activas que las quimeras de un fraile intrigante. Pero es innegable que aquel atentado demagógico, más aún que los atentados de la Acordada, debe de haber contribuido á precipitar la invasión. Creo, como el Sr. Bulnes, que España no habría hecho, aun con un Borbón á la retaguardia de Barradas, más de lo que hizo Francia con Maximiliano, por muy bien apoyada que hubiera venido militarmente, esto es, sostenerse hasta el agotamiento de sus recursos; pero España no los tenía á la sazón, y ésto aumentaba la seguridad de nuestra independencia. Sólo un gobierno nacional, aunque sea claudicante, por falta de hacienda, puede sostenerse en un país empobrecido,

como el nuestro lo estaba desde que se arruinaron los principales giros en los años críticos de la guerra de independencia.

La empresa frustránea y loca que venía acaudillando el brigadier Barradas, debe ser objeto de un estudio político-militar minucioso, que aun no se ha hecho. No estoy de acuerdo con el procedimiento de investigación del Sr. Bulnes, pero voy á seguirlo punto por punto en el examen que hace de los hechos, puesto que se trata de su libro. Para mayor claridad, así como para que sea más factible la brevedad que me impongo, trataré aisladamente cada uno de los puntos que discute el Sr. Bulnes.

A fines de Mayo se supo en México que iba á salir de la Habana una expedición de reconquista española. "Lo primero que en semejante caso *debe* hacer un gobierno es concentrar sus fuerzas." Como el desembarco *no podía* verificarse *sino* en las cercanías de Veracruz, en las de Tampico ó en este último puerto, *era preciso* formar dos cuerpos de ejército con 16,000 hombres de los 22,000 de la tropa permanente, y con 4,000 de los 10,000 que constituían la milicia activa, dejando por lo pronto en los Estados los 14,000 de las fuerzas locales, de los que no podía disponer el Ejecutivo federal sino en virtud de *facultades extraordinarias* que no quiso concederle el Congreso hasta el 12 de Agosto, ó sea después de 15 días de invadido el territorio nacional por el enemigo extranjero.¹ Esa concentración *pudo* efectuarse, dada la notable movilización de nuestro ejército, dentro de los cincuenta días transcurridos desde el 28 de Mayo en que se tuvo noticia de la invasión hasta el 17 de Julio en que *debieron haber* quedado listos para rechazar á los españoles, 10,000 hombres en Tula y otros tantos en Jalapa. «Para estas operaciones el Presidente Guerrero no tuvo necesidad de *facultades extraordinarias* como ya lo dije, y para hacer la concentración, bastaba con los recursos normales del presupuesto de guerra y marina. ¿Qué hubiera sucedido si el Presidente Guerre-

¹ Todos los historiadores refieren, con más ó menos detalles, la inquietud fantaseadora de los habitantes de las costas que veían bajeles enemigos, ya frente á Campeche, ya en el litoral veracruzano, ya en Tabasco. Se creyó por algunos días que la expedición iba á dirigirse á la Península yucateca. El Sr. Bulnes, como teórico intransigente, desdeña estos hechos históricos, y no quiere estudiar la cuestión sino desde el punto de vista técnico. El ejército invasor, *no podía desembarcar sino* en los lugares que señala el Sr. Bulnes. Si otra cosa creyeron los pueblos y el gobierno es porque en 1829 *no habia un solo militar digno* de este nombre. Pero aun siendo una torpeza suponer que los españoles desembarcaran en otra parte, basta que la suposición haya existido para que la historia deba registrarla, así como los preparativos hechos y las disposiciones dictadas en previsión del peligro señalado. Ni en esta, ni en otras cosas, no menos importantes, se ocupa el libro del Sr. Bulnes.